Joaquín Díaz Garcés redactor de "El Mercurio"

El buen humor de Angel Pino

Don Joaquín Díaz Garcés

UN ALMUERZO

Ha sido reducido a prisión el comisionado de esta policía Eleuterio Alvarez, que fué mandado a dejar un reo a San Fernando. Este convidó en Curicó a almorzar al guardián bebiendo varias copas de vino, y resultando al final que el guardián quedó embriagado y el reo se fugó. — (Telegrama de Talca)

Misión delicada, escabrosa y de indudable responsabilidad la de conducir un bandido a Santiago.

El modesto funcionario policial de provincia, llamado al despacho del comandante, y hecho depositario de misión tan difícil, se atusa orgullosamente los bigotes ante sus camaradas del cuerpo de guardia y sonríe de gusto.

—Me voy a la capital — compañeros — llevando al Pejegallo. Con esta prueba de confianza me reconcilio con el comandante y me gano el ascenso. ¡Cáspita! No todo ha de ser ruina este año

Y el comisionado se soba las manos y mira al través de la ventana la lluminosa mañanita de febrero, clara, límpida y trasparente.

Esa noche se come más alegremente en la casa del comisionado y la mujercita abre un tarro de duraznos al jugo, para celebrar ese viaje que puede ser el principio de las cosas buenas y deseadas.

—¿Lo ves, Julia? Ya se acabó el infierno que se nos había caído encima. Ya te lo he dicho muchas veces: cuando vienen las cosas malas vienen en chorrera; pero cuando comienzan las buenas, entonces nadie las ataja. Se nos fué Carlitos primero, perdí después mi puesto en el correo, el comandante me recibió con vejeriza, tu te enfermaste del hígado, perdí cincuenta pesos en las carreras y se me dió vuelta un frasco de aceite en mi dolmán nuevo. Pero después principiaron las cosas buenas: se murió tu madre, me aumentaron en diez pesos el sueldo. García me pagó los veinticinco pesos que me había pedido para el dieciocho y hoy me encargan de ir a Santiago nada menos que a llevar al Pejegallo... ¿Sabes lo que me dijo el comandante?... Entré yo, me miró y me dijo: Alvarez: ¿se atreve usted a llevarme al Pejegallo a Santiago? Yo me quedé mirándolo y después le contesté muy tranquilo: Mande no más mi comandante, que yo me atrevo a todo. — Bravo, — me dijo — tú eres de muy buena voluntad y harás carrera.

—¿Así te dijo?

—Así mismo, Julia. Y yo creo que si eso no significa que me ascienden, no se yo castellano si tengo dos pies.

—¡Qué gusto! Mira, yo te voy a confesar una cosa. Si te mandan con el Pejegallo es por San Antonio...

—¡Bah! ¡Tienes tú unas cosas!...¿Cómo pegas a nuestro padre San Antonio con el Pejegallo?

—¿Qué, cómo? ¡Con siete velas que le he encendido!

—¿Al Peje?

—Estúpido. No bromées que te puede castigar Dios. Las siete velas se las encendí a San Antonio, por tres cosas: porque me te quite el vicio del cigarro, porque no te juntes con García y por que te asciendan.

—Bueno Tú dices que San Antonio se preocupa de estas cosas... Puede... Lo cierto que esto me mejora a ojos vista. ¿Me arreglas la maleta?

—¿Qué llevas?

—Una camisa, dos pares de calcetines

—¡Derrochador! ¿No te los cambiaste la otra semana no más?

* * *

Arreglada ya la maleta, y el comisionado con ella en la puerta de la cárcel esperando la entrega del Pejegallo. Por fin y después de mucha espera, sale este encogido, con el sombrero en la mano y con una cara de mosca muerta, que cualquiera lo creería sacristán, antes que bandolero de la high life del bandolerismo.

—¡Pajarito!— le dice el comisionado, remeciéndolo de un brazo. — ¿Le gustan a usted las píldoras?... Supongo que no. ¡Bueno!, dos o tres te voy a meter si tratas de echar el vuelo. ¿Ves esto? ¿Sabes tú cómo se llama? Esto es un "esmithhueso" legítimo de cinco tiros. Con dos basta para tí.

El Pejegallo oye anonadado todo esto, mientras se coloca un ruin sombrerito plomo en la cabeza y se suspende los pantalones con las dos manos.

Y los dos, conductor y conducido, echan a andar hacia la estación y no tardan en ocupar los asientos de segunda clase, uno al frente del otro Un escritor diría que allí había un trozo de hielo entre ambos viajantes; pero nosotros no diremos tal cosa: indiferencia habría, pero hielo... ¡cá! ojalá, porque se lo hubieran comido para el calor.

El Pejegallo, hombre de muchísimo mundo, y acostumbrado a encontrarse en tales trances, iba divertidísimo al ver la gravedad de primerizo del comisionado.

—¿Fuma usted, señor? —preguntó el bandido alargando amablemente una cajetilla de cigarrillos "Cycles".

—Gracias, no fumo.

Y el Pejegallo se guardó la cajetilla después de sacar uno, encenderlo y echar el humo despreocupadamente.

—¡Fumas, como si no te pasara nada desagradable! — observó el comisionado.

—¡Phs! ¡Qué le voy a hacer, pues señor! ¡Estoy en la mala y agacho la cabeza! ¿Que vamos a Santiago? Bueno; no seré yo el que resista. El que la hace la paga: yo la he hecho y la estoy pagando.

—Parece razonable.

—Un algo. Yo soy así. Cuando estoy dado, estoy dado. Usted no me creerá, pero en llegando a Santiago yo le voy a hacer entrega a su merced de todo lo que tengo. ¿Para qué lo quiero yo? ¿Para que me lo roben en la capital? Prefiero que usted lo guarde, y si alguna vez salgo, me lo devuelva...

—¿Es mucho?

—¡Phs! Una miseria... trescientos pesos.

—Dame un cigarro.

Un momento de silencio reinó entre ambos. El tren corría desbocado. Al través de los vidrios se veía el campo verde, ilimitado, convidando a la libertad... y al Pejegallo se le hacía agua la boca mientras echaba su chupada a la colilla y soplaba el humo...

El comisionado, entre tanto, pensaba y pensaba. ¿Tenía algo de inconveniente ser depositario del dinero de un bandido? ¡Nada! Si el Pejegallo salía de la cárcel, bueno, allí estaban los trescientos pesos; y si no salía también. En cambio, ¡qué cantidad de cosas podían hacerse con trescientos pesos! Pagarle al despachero los veinticinco pesos sesenta para que no chille; comprarle un vestido a la Julia y guardarse lo demás para un apuro. Quedaba un punto obscuro, un verdadero caso de moral. Esos pesos, ¿serían robados?

—Oye Pejegallo, ¿esos trescientos pesos son robados?

—No me ofenda, patrón. Son míos, y muy míos; dos bueyes y un caballo ensillado que les vendí en Parral a mi primo Fundador Reinoso...

Y nuevo silencio, y nuevas chupadas y nuevo sueño. La cara mefistofélica del Pejegallo sonríe de una manera atroz pero vuelve a su natural y filosófica indiferencia cada vez que los ojos del comisionado le caen encima.

—Bueno, pues, Pejegallo. A mí no me gustan estas cosas, ¿eh?. Pero me has caído en gracia y acepto.

—¿Y será usted tan bueno, señor, que me acepte un convite a almorzar en Curicó?

—¡Ah! eso es imposible, yo tengo obligación de llevarte a Santiago...

—¿Y? ¿Que no vamos a Santiago? Si es sólo un almuercito... Pero en fin, si usted no quiere...

—Bueno; por no desairarte...

* * *

Y una vez que el tren entró en la estación de Curicó y el freno lanzó su silbido agudo y moribundo, los dos viajeros descendieron al anden, no sin que el comisionado fijara sus ojos sobresaltados en el Pejegallo. Pero éste iba indiferente como siempre, tranquilo, silbando....

Por fin quedan delante de la mesa y un mozo corre a colocarles dos platos de carne fría y rabanitos. Luego la cazuela y una botella de vino blanco pedido por el Pejegallo a indicación del comisionado. Mucho tiento, amigo — dice el comisionado al echar el primer trago—mire que yo estoy haciendo mucho en estar aquí...

—Deje, señor, que nos alegremos un poco. ¡Voy a pasar tanto tiempo a la sombra!

—Tienes razón.

A la cazuela siguieron unas costillas con pebre, con las que ambos se saborearon, remojándolas con lo poco que ya quedaba en la botella del vinito blanco.

Pero el comisionado comenzó a verlo todo muy bonito: el día más claro, la mesonera más buenamoza, al Pejegallo más simpático. Y al través de esos cristales vagos y movibles con que se mira todo a las primeras copas, el funcionario policial se sentía muy feliz, muy joven, muy dichoso...

—¿Con qué bandidito, eh? Pejegallo travieso.

—Nó señor, se hace lo que se puede.

—Mira, Pejegallito, pejegallon-cito.. ja!.... —ja!... ja!.... Mira te has divertido mucho en tu vida, ¿ah?, ¿cuántos tiritos has apuntado?

—Nó, señor; no sea bromista...

—Anda, pillastrón... Pejegallo.

—¿Señor?

—¿Se va el tren?

—Nó, señor, no se va; atráquele al cordero que está muy bueno...

—¡Oye, Pejegallo! Una confianza: ¿tú pagas?

—Yo, patrón.

—Entonces pide vino...

Y se pidió vino, y el comisionado se sintió furiosamente atacado de risa con el nombre de Pejegallo.

—¡Qué gracioso! Es el nombre más divertido. Mira, cuando tu salgas de la cárcel, vamos a sembrar unas chacras en media ¿ah?

—Sí, señor. Un maizal...

—¿Un maizal? Nó, nó y nó. Un tomatal enorme de diez cuadras y además un sandial. ¿Qué te parece?

—Bien, pues señor.

—¿Has dicho que te parece mal?

—No, señor; que bien, que muy bien.

—Me gustas Jejegallo, porque eres un hombre decidido. ¿Tu crees que a mí me ha hecho algo el vino?

—No...

—¡Bah! ¿A mí? ¡Ocurrencias! Estoy fresco como una lechuga... Y el comisionado se balanceaba sobre su silla y miraba al bandido con ternísimos ojos.

—Oye, Pejegallo; no sigas esa vida de bandolero, chico. Te lo digo por tu bien. A mí me da lástima de verte así preso... Me dan ganas de llorar.

Y el comisionado larga el llanto y apoya la cabeza sobre sus brazos.

—¡Peje! Me siento mal. No te vayas a ir Peje. Acompáñame. Si te empeñas sembraremos el maizal.

* * *

—¿Dónde estoy?—preguntó el comisionado al día siguiente, estirando los brazos y desperezándose después de tan largo sueño Debo estar en la capital.

—¡No señor! — dijo burlonamente un centinela al través de la ventanilla. — ¿que ha hecho del Pejegallo?

Ese nombre hace brincar al comisionado. De un golpe se le viene todo a la imaginación, y piensa lúgubremente:

—¡Se me heló la chacra!

Después la pena le coge, y larga el llanto... pero esta vez de veras.

LA CAFETERA RUSA

Desde hace mucho tiempo, desde los años de la Universidad, época en que se propalan los más absurdos rumores sobre el matrimonio, he tenido para mí que la felicidad conyugal descansa sobre dos firmes columnas: el buen café después de las comidas y el piano bien tocado en las veladas del hogar.

Tan arraigadas he tenido estas convicciones y con tanta pasión las desarrollé ante la que iba a ser mi mujer, que no es de extrañarse que en el primer año de mi matrimonio, nadie bebiera mejor café en Santiago, y nadie oyera mejor ejecutadas las sonatas de Beethoven, la polonesa y nocturno de Chopin y numerosas composiciones de Mendelsonn, Rubinstein, Schuman y otros maestros.

Pero como siempre ocurre, el café fué empeorando lentamente, y la ejecución de las piezas relajándose. Esto último se explica con la presencia de un nuevo habitante en mi casa, que con sus gritos, caprichos y enfermedades variadas distraía las facultades de la pianista y hacía nacer las de la madre.

Cada día se producía, después de comer, una escena análoga. Mi mujer esperaba que llevara a mis labios la tacita de café para observar concienzudamente el efecto que este me producía. En seguida, juzgando por la alteración de mis rasgos fisionómicos, llamaba a la sirviente:

—¿Qué café es éste?

—El mismo de ayer, señorita.

—¿Lo has tostado más que otras veces?

—Nó, señorita. Lo mismo que siempre.

—Sin embargo, está peor que nunca

Yo notaba, a medida que avanzaba el tiempo, una honda desesperación en mi casa. El café empeoraba, como el cambio, y nada podía, como a éste, colocarlo en su antiguo pie. Para no agravar la situación, ya grave de suyo, me abstenía de dar juicio alguno, y este silencio exasperaba indudablemente a mi mujer

—Tu te callas; pero por dentro estás furioso. Te conozco. Con tus ideas estrafalarias estarás juzgando por el café, que yo te quiero menos y no me preocupo de tus cosas.

—Estás equivocada. Yo tengo paciencia y creo que han de venir mejores días para el café. Pero no te afanes, todo tiene compensación, y si es cierto que el café que me das parece una solución de tanino, también es verdad que las sopas han mejorado.

—Pero seguramente, tu crees que las sopas no tienen nada que ver con la felicidad del matrimonio. Nunca te has referido sino al café y al piano.

—Tienes razón. Aunque en mi programa matrimonial no figuraban las sopas, pueden, sin embargo, agregarse...

—Pero prométeme, además, que no irás nunca a buscar buen café al Club.

—Te lo prometo, a pesar de que la tendencia natural del hombre es al progreso, al mejorar lo que es suceptible de mejoramiento...

La cuestión se agravaba, y el café iba pasando por transformaciones sucesivas; aclarándose unas veces hasta parecer tintura de yodo disuelta en mucha agua; ennegreciéndose otras hasta el negro absoluto; pero siempre sin sus cualidades de aroma y de sabor de los primeros tiempos.

Una tarde, mientras escribía en mi escritorio para hacer tiempo, mi mujer entró ruidosamente, y colocó sobre mis papeles una serie de piezas de latón algo deterioradas.

—Aquí está — me dijo con una sonrisa de triunfo.

—¿Qué es esto?

—Aquí está el secreto del café malo. ¿Ves tu este filtro? Está roto. El depósito está gastado y le da al agua gusto a soldadura de plomo. Hay que comprar otra cafetera. Me ha costado medio día de trabajo

Aunque no comprendía el porqué de tanto trabajo, si me explicaba que el secreto no hubiera sido develado un año antes, examiné las piezas y comprendí que se imponía una nueva cafetera. Pero como yo soy un hombre reflexivo, detuve la impaciencia de mi mujer, que corría ya a ponerse el sombrero delante de un espejo, y le dije:

—Es necesario andar con pies de plomo, lo que no quiere decir que la cafetera deba de ser de este metal, por supuesto. Supongo que en el comercio hay cafeteras de diversos sistemas. Vale la pena saber qué país bebe mejor café, y entonces sabremos cuáles son las mejores cafeteras.

—Eso es un disparate — replicó mi mujer — porque donde hay mejor café es en Bolivia y Costa Rica y nunca he oído hablar de cafeteras bolivianas o costarricences.

Comenzamos a eso de las cuatro de la tarde, una larga peregrinación a través de las mercerías, de las lamparerías y hasta de las librerías, porque siempre tengo como aforismo que en los almacenes donde no debe haber un artículo y lo hay, se encuentra éste más barato que en otra parte.

Se nos ofrecieron cafeteras inglesas, americanas y francesas. Las primeras eran excesivamente sencillas y caras; las segundas eran de un metal nuevo que no inspiraba mucha confianza, y la tercera tenía numerosas piezas, y ofrecía en grandes letras ser económica, elegante y barata.

Después de muchas cavilaciones, uno de los vendedores abrió una vitrina y de entre otros objetos eterogéneos extrajo uno, asegurándome que era una cafetera rusa. Me causó esta afirmación el mismo estupor que si mañana me dijeran que el monumento Montt-Varas estaba a disparar el cañonazo de las doce. Había visto muchas veces esos aparatos y los creía lámparas de enfermos o de minas; jamás se me pasó por la mente la idea de que fueran lisa y llanamente cafeteras rusas

Cargados con la peligrosa novedad, regresamos a casa.

El aparato venía acompañado de un plano en que estaban indicadas las diferentes piezas, con números desde 1 hasta 12. Leímos con interés las instrucciones escritas en inglés, francés, portugués y español. Era esa eterna y engorrosa historia: que se pone agua en el depósito número 1, se introduce en su interior el filtro 2, se coloca el café entre éste y el filtro 3, se ajusta sobre ellos el tubo 4, con un ajuste a la bayoneta (esta palabra daba cierto aspecto sangriento a la descripción), se tapa todo con el depósito 5, se atornilla el mango en la rosca 6, se coloca todo en el soporte 7, se enciende el anafe 8, teniendo cuidado que el alcohol no se extienda a la base 9. Se extingue el fuego con la tapa 10, cuando salga vapor por la válvula 11, y se invierte la cafetera durante cinco minutos, sirviendo después las tazas con ayuda del mango 12

Se puede apreciar la importancia que tiene este escape del vapor. La primera noche, sin saber cómo, nos sentamos a la mesa más temprano. En medio de las copas y de nuestra modesta vajilla, se ostentaba luminosa la nueva cafetera, porque, según disposición de mi mujer, el café sería confeccionado por nosotros mismos, ya que el plano, con las explicaciones adjuntas en cuatro idiomas, habría sido ininteligible para la sirviente.

Se preparó todo, y se encendió el anafe a la altura de la sopa. Cuando menos lo pensábamos, y en el curso de una interesante conversación, sentimos un ruido extraño, miramos hacia todos lados, pero sin explicarnos qué lo produjo, volvimos a distraernos. De pronto, un vaho caliente humedece mi cara. ¡La cafetera!, — grito. — Nuestras cuatro manos se precipitan e invertir el propósito conforme a las instrucciones, mientras ésta parece sacudida por convulsiones interiores.

Por fin, después de todo, logramos servirnos, y un líquido demasiado rubio cae a nuestras tazas. Sin embargo, nos vemos obligados a declarar que la bebida está excelente.

—Jamás probado nada mejor — digo yo.

—No me figuraba que pudiera hacerse un café mas aromático, agrega ella.

Transcurrió la noche sin incidentes; pero allá cerca de las doce, notando a mi mujer preocupada, le digo:

—No me ocultes nada. ¿Te sientes mal?

—Nó; no siento absolutamente nada.

—No me lo niegues. Estás inquieta, no hablas, díme francamente qué tienes.

—Te diré. Pero no lo tomes a mal. Confiésame que el café estaba muy malo.

—Detestable.

—¿No es cierto? Yo no me atreví a decirlo antes, porque ví tan entusiasmado con tu cafetera rusa. Pero eso es intolerable. Hemos perdido el dinero y el tiempo.

Al día siguiente volvimos a sentarnos temprano a la mesa, y cargamos el filtro con más café. Pero como el vapor salió muy rápidamente y la afetera quedó invertida cuando apenas nos servían la sopa, comenzamos a apurarnos de tal manera en comer, que la sirviente corría desaforadamente.

—Esta es una esclavitud intolerable — dice mi mujer. — ya no podremos comer despacio o ligero, según como nos dé la real gana, sino como nos obligue esta cafetera endemoniada.

El líquido ha resultado mejor y más obscuro. Pero siempre hay un profundo desconsuelo en la sobremesa.

El tercer día, al encenderse el anafe, el alcohol se desparrama se incendia una superficie de media vara de mantel. Se arroja sobre ella agua, vino, salsa inglesa, pan y servilletas, hasta extinguir el fuego.

Yo grito indignado a la sirviente:

—Llévese usted ese aparato a la cocina y que no lo vuelva a ver en el comedor. Allá se hará el café en adelante y allá debido hacerse siempre.

Mi mujer aprovecha el momento para decirme con voz muy suave:

—¿Por qué no renuncias al café?

—Eso nunca.

—Hazlo por galante: por buena educación; ¿con qué objeto estamos perdiendo la tranquilidad por una tontería?

En ese instante se siente a lo lejos una detonación y luego los pasos precipitados de la sirviente se acercan; la puerta se abre y antes que pueda una pregunta, ella dice casi llorando:

La cafetera ha hecho explosión.

LA AURORA DE LA PRENSA

¿Dónde está el monumento de Camilo Henríquez? No lo conocemos. El fraile de la Buena Muerte, que, como Pedro el Hermitaño, predicó en Chile la Cruzada de la libertad, no tiene otro monumento que la historia. Su capucha, violentamente agitada por el viento de una revolución continental; su figura nerviosa labrada en frágil barro, pero llena de un espíritu vigoroso; su cabeza macerada al principio por las severas disciplinas del asceta, y a punto de estallar más tarde con la explosión de las ideas libres; levantada la mano en actitud de imponer respeto a las serviles muchedumbres de entonces, y descansando su cuerpo todo en la primitiva prensa de tosco fierro y mal forjada platina; he ahí un monumento de bronce, que, puesto sobre alto pedestal de mármol, parecería un pedazo de la encrespada, una manga de ciclón amenazante, un [illegible] de [illegible]ble peso destinado a derrumbar muros seculares, una bandera de rebelión desplegada por el viento, un foco de luz encendido por el estallido de un volcán.

El fraile de la Buena Muerte que asistió a la agonía del régimen colonial, levantó en sus brazos un recién nacido. La prensa chilena alboreó bajo su pluma, y nació en menguada hoja de papel, bajo la tarda prensa de mano, que movían inconscientes y tímidos dos modestos soldados del trabajo. LA AURORA fué, en efecto, el primer destello de una mañana luminosa y el primer heraldo de un día claro cuya tarde aún no llega.

Desde entonces acá, se ha recorrido un camino muy largo. Al dar vuelta la mirada, desde los días que vivimos hasta esa alborada de la independencia nacional, divisamos un reguero de pólvora lleno de luminosa chispería pero de fulgor efímero y débil.

Camino largo y empinado, el de un país que nace y se forma; la prensa chilena ha tenido que caminar de repechada. Con grandes y hermosos días en que su bandera libre se ha desplegado al viento, ajena a temores o vacilaciones, ha sufrido también largas horas de aventurera y frágil existencia, sin rumbos, sin ideales, sin esperanzas, sin fe.

Convertida, en épocas de peligros exteriores, en poderoso clarín de guerra que ha vibrado con irresistible magia, la prensa ha levantado ella sola ejércitos victoriosos y ha sabido en seguida discernir coronas de eterno laurel

Hoy va llegando ya a su cúspide. En vez de la prensa de mano, vino la máquina movida a vapor, que arrojaba a la calle dos o tres mil ejemplares por hora. Y en seguida, llegó la rotativa, devorando en pocos momentos las bovinas de papel contínuo con tres o cuatro kilómetros de papel, y lanzando en una vorágine incansable de diez a veinte mil ejemplares por hora.

EL MERCURIO, nacido el año 27, viene sirviendo de vínculo o de cadena, entre esa remota época en que la prensa era tímido instrumento de acción, y estos días en que es ariete irresistible y tribuna incansable.

Y al pasar hoy la interminable faja de aquel entre los cilindros de la rotativa, que pase también esta evocación del fraile de la Buena Muerte, del fundador de "La Aurora", de tan largo y luminoso día!

ANGEL PINO

14 de febrero de 1902.

REVOLUCIONES

Comienza a arder de nuevo en América lo que algunos oradores tropicales llaman la hoguera de la revolución y lo que nosotros hemos llamado siempre la opereta sud-americana.

Hace pocos días, en Colombia se metió en una jaula de alambres para criar conejos, al anciano digno jefe del Estado general San Clemente. En los cablegramas publicados en la mañana de hoy, se anuncia que los revolucionarios colombianos, prosiguiendo su obra, han apresado al Presidente Marroquín, para meterlo quizás en una casilla de correos o para reducirlo a un tarro de parafina, como en el crimen misterioso del otro día

Y ahora resulta que el Paraguay, convulsionado también por un motín repentino, ha amarrado de pies y manos al Presidente Aceval, obligándolo a presentar la renuncia de su puesto.

Nuestros telegramas de hoy, anuncian que la dimisión que hizo muy de malas ganas el pobre maniatado, fué pasada al Congreso para que éste se pronunciara sobre ella.

No sabemos en qué terminos estará redactado ese documento que desde hoy pertenece ya a la historia americana; pero se nos ocurre que debe decir:

"Atado de pies y manos, con un bozal en la boca, con la rodilla de un revolucionario sobre mi estómago alimentado con agua y rábanos durante tres días, he resuelto abandonar el poder y os pido que aceptéis esta dimisión, no sólo porque es irrevocable sino porque a poco más que me estropeen mis enemigos, van a dar conmigo en el hoyo.

"Os ruego asimismo, que si me exoneráis del poder supremo, me acordéis alguna suma de dinero, para almorzar y comer durante mi prisión, porque siento un acabamiento de estómago muy grande y me consta de una manera fidedigna que los rábanos no alimentan".

El documento—según lo expresan nuestros telegramas de hoy,—fué presentado al Congreso con la mayor sangre fría por la junta revolucionaria.

Apenas impuesto el Congreso de la barbaridad cometida con el Jefe del Estado, se comprendió que allí más que con palabras convenía dilucidar el asunto con balazos. Y comenzó un tiroteo tan vivo y tan bien organizado, como no se vió aquí en las maniobras militares uno mejor.

Los diputados y senadores parapetados tras de sus sillas y tirando sobre mampuesto, dieron pruebas de una excelente puntería y muy pronto el secretario pudo hacer el escrutinio. El resultado de la votación fué: un herido por la afirmativa y tres por la negativa; y un muerto... en blanco.

El procedimiento usado en Asunción es nuevo, y vale la pena estudiarlo con el objeto de pesar sus inconvenientes y sus ventajas. El combate de los Horacios y los Curiacios fué con el benéfico objeto de evitar la lucha de dos pueblos o de dos ejércitos. El famoso desafío naval que don Manuel Recabárren propuso a Méndez Núñez durante la guerra del 66, tenía asimismo por objeto provocar un quijotesco combate singular que evitara una guerra.

Los senadores y diputados paraguayos, resolvieron batirse en defensa del orden simbolizado en Aceval, y por primera vez pudieron comprobar que son mucho más contundentes las razones emitidas al través de un revólver, que al través de los labios.

Las revoluciones sud-americanas han pasado a ser cosa tan vulgar y corriente, que no desesperamos de recibir el día menos pensado un cablegrama, concebido más o menos en esta forma:

"Ayer se puso en los carros urbanos entre los carteles de teatro, unó concebido en esta forma: Mañana habrá revolución. Se estrenará el célebre cabecilla Bacilisco que ha actuado en varias revoluciones con éxito siempre creciente. Habrá programa variado. Las decoraciones serán hechas especialmente por el reputado escenógrafo señor Latorre".

"En efecto, hoy ha estallado la revolución de una manera absolutamente sanguinaria. El Jefe del Estado fué metido en un canasto de dos orejas y conducido al domicilio de una lavandera, con diversas prendas de ropa interior, destinadas a lavarse. En el momento en que se iba a proceder a la tarea de enjuagar y almidonar al mandatario supremo, llegó la junta revolucionaria y ocupó diversos asientos al borde de la artesa, exigiéndole que presentase su dimisión a la mayor brevedad posible".

"El infortunado mandatario escribió, a falta de papel, en la pechera de una camisa que se le presentó, una sentida y elocuente renuncia al poder".

"Piquetes de policía recorren las calles".

"El orden público no se ha alterado".

ANGEL PINO.

10 de enero de 1902.